

# 6

## FUENTES DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD: III. LA ORACIÓN

**39** *Movidos por el Espíritu, buscamos en la oración el encuentro con Dios en Cristo y pedimos al Padre que nos lleve a aceptar su voluntad y a ponernos sin reservas al servicio de su plan de salvación. En nuestra oración ocupa un lugar preeminente la alabanza litúrgica.*

*Nuestra oración tiene siempre sentido secular y apostólico. Para orar no salimos del mundo, no nos olvidamos de él, sino que oramos nuestra misa situación en el mundo y nuestro esfuerzo por animar y ordenar todas las cosas según el plan de Dios. Compartimos en el diálogo con el Señor los problemas y las necesidades de nuestros hermanos y nuestra entrega a su servicio*

El nº 39 del Ideario no pretende ser un pequeño tratado de oración, pero sí hace referencia a puntos fundamentales de la misma como los siguientes:

- La oración es encuentro de amistad con Dios
- La oración lleva al compromiso: a hacer la voluntad de Dios, a trabajar por su Reino.
- Entre las formas de oración, resalta la oración litúrgica.
- Subraya el sentido secular de la oración y
- su dimensión apostólica

Tomando en cuenta estos cinco puntos y completando un poco más el esquema, voy a desarrollar los siguientes temas como comentario al nº 39 del Ideario. A algunos de ellos ciertamente no alude el Ideario, pero los incluyo pensando que pueden ser útiles para nuestra formación.

### 1. La oración forma parte del seguimiento de Jesús

La oración no es sólo un medio para conseguir beneficios espirituales, psicológicos o materiales; es un encuentro en el que se implica y se compromete todo nuestro ser. No es sólo un alto en el camino, sino que forma parte de nuestro modo de vida.

No oramos para tener fuerzas y seguir a Jesús, sino que seguimos a Jesús evangelizador orante. La oración forma parte del seguimiento mismo de Jesús. Por lo tanto:

- Hemos de tratar de vivir como El, en permanente actitud de oración, de diálogo con el Padre (Mc 1,35, Mt 14,23).
- Por más ocupados que estemos, aunque nos ocurra como a Jesús, que “no tenía tiempo ni para comer” (Mc 6,31), siempre hemos de encontrar, como El, tiempo para la oración.
- Oramos como El lo hacía y como El nos enseñó a hacerlo en la oración del "Padrenuestro" (Mt 6, 9-13) que es la mejor síntesis de su diálogo con el Padre. Hacemos nuestros los contenidos de esa oración como súplica y compromiso. Y los contenidos se resumen en dos líneas que ya nos son familiares: la fidelidad inquebrantable al Padre la disponibilidad absoluta al servicio de los demás. Estos dos aspectos son las dos líneas fuerza del Reino.

## **2. Nuestra oración es encuentro con el Dios de Jesucristo**

Nuestra oración es cristiana. Respetando el modo de orar de otras religiones, nuestra oración es cristiana, porque se hace en Cristo y en el Espíritu y se dirige al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. La oración es cristiana cuando la imagen del Dios con el que dialogamos coincide con el Dios que nos describió Jesús: un Dios que es Padre Todocariñoso, que nos amó primero y que siempre se nos adelanta en el amor; tan generoso que ya nos ha concedido previamente cuanto le pidamos (Mt 6,8). Hay, entre los cristianos, modos de orar, sobre todo de pedir, que ponen ante los ojos a un Dios insensible, tacaño y resentido al que hay que conmovier y aplacar; un Dios sordo o distraído al que hay que gritar: ¡Escucha y ten piedad!. La oración a un Dios así no es cristiana, porque ese no es el Dios de Jesús.

El Dios de Jesús es Trinidad, comunidad de tres Personas diferentes. La oración cristiana es un encuentro con el Dios Trinidad; encuentro, que se traduce en diálogo, con palabras o sin ellas. A cada una de las tres divinas personas atribuimos un papel diferente en el encuentro que tenemos con ellas en la oración.

- a) El Padre es el origen y el término de nuestra oración. El término o destino de toda oración cristiana es el Padre, como nos enseñó Jesús de una vez por todas al decirnos: “vosotros orad así: “Padre nuestro”. La oración es, ante todo, la conciencia gozosa de sentir a Dios como Padre y el hablarle como tal. El Padre, no es sólo término de nuestra oración, es también su origen, porque nos ha hecho hijos en el Hijo y con ello nos ha dado el derecho a poder decir: “Abbá, Padre” (Rm 8,15). La experiencia de Dios como Padre y el pasar del miedo a la confianza en él, es una de las características fundamentales de la oración cristiana.
- b) El Hijo es el lugar de nuestra oración: Oramos en Cristo y en su misma oración. Nos gusta más orar a Cristo que orar en Cristo. Y debería ser al revés. La realidad de la que brota nuestra oración es la unión con Cristo en quien somos hijos del Padre. En virtud de esta unión, podemos decir con un solo corazón y a una sola voz con él: “Abbá”. Igualmente, cuando oramos en comunidad, oramos en Cristo, porque “si en la tierra dos de ustedes unen sus voces para pedir cualquier cosa, estén seguros de que mi Padre Celestial se la dará... pues ahí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 19-20). De este modo oramos, no sólo en Cristo, sino también en su misma oración, haciendo nuestros sus sentimientos de Hijo y su fidelidad inquebrantable al Padre. Es más, El mismo ora en nosotros y expresa, a través de nosotros y de nuestros sentimientos, sus sentimientos de filiación y de fidelidad al Padre. Desde esta perspectiva podemos comprender que “orar en nombre de Jesús (Jn 15,16;16,23) no es pedir algo al Padre de parte de Jesús utilizándolo como “enchufe” o “muñeca”, sino orar en la persona de Jesús, en su misma voz, insertos en su amor al Padre y en su oración.
- c) Oramos en el Espíritu y animados por su fuerza. Sin la ayuda y la acción del Espíritu Santo en nosotros no podemos llamar a Dios “Padre”. “La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá!, Padre”. (Gal 4,6 cf. Rm 8,15). Oramos en la oración misma del Espíritu y animados por él. Como dice un gran teólogo de nuestro tiempo, Yves Congar, el Espíritu habita en nosotros, y la oración que él suscita en nosotros es simultáneamente suya y nuestra de manera simultáneamente. Ambos somos inseparablemente sujeto activo de la oración.

## **3. Orar es vivir los encuentros con Dios que ya somos por gracia**

Como hemos dicho, la oración es encuentro con Dios, pero no es un encuentro ocasional, un alto en el camino para saludarlo, sino un encuentro existencial y permanente. Nuestra voluntad no pretende producir o a lograr ese encuentro con Dios, sino a tomar conciencia y vivir el encuentro que ya somos por gracia. El Dios cristiano es un Dios que busca al ser humano (en otras religiones es al revés) y establece con él lazos de amistad, crea encuentros permanentes que se convierten para ellos en un modo de ser y de vivir.

De ahí, de esos encuentros que ya somos, brota nuestra oración, mejor, la conciencia gozosa del encuentro es la oración. Para ello, en lenguaje de San Juan de la Cruz, es necesario romper la tela de ese dulce encuentro, esa tela de irreflexión o de olvido que nos lo oculta. Este gran maestro define la oración como advertencia amorosa de Dios, de su presencia y de su acción en nosotros. Advertencia amorosa del encuentro que somos. De este modo rompemos la tela de nuestras pequeñas o grandes cegueras, evasiones o alineaciones que se interponen y nos impiden descubrir, acoger y secundar la presencia de Dios en nuestras vidas.

- a) Somos encuentro permanente con el Dios Creador. Lo dice admirablemente el texto que copio a continuación. “Se trata de situarse desde Dios. Reconocer a Dios en su realidad de fundamento creador, de principio absoluto que, como amor que trae a la vida y busca la plenitud, únicamente pide, con respeto infinito, ser acogido: que nos dejemos amar, impulsar y ser por él. Vivirse desde el fundamento, esforzándose continuamente por no objetivarlo: por no convertir en objeto a Aquel que es siempre sujeto. Aprender a vivenciar que, incluso cuando pensamos a Dios, es ante todo él quien piensa en nuestro pensamiento, del mismo modo que es él quien desea en nuestro deseo, quiere en nuestro querer, ama en nuestro amor e incluso realiza nuestra realización”<sup>65</sup>. Advertir y acoger esa obra silenciosa de Dios en nosotros, eso es orar.
- b) El encuentro fundamental y fundamenta todos los demás es el encuentro con la Trinidad en cuanto que se nos ha dado como regalo, puesto que ha plantado su tienda en nuestro corazón: “si alguno me ama, vendremos a él y haremos en él nuestra morada” (Jn 14,23). No hay encuentro más grande, más profundo con Dios que participar de su naturaleza divina y ser sus hijos. Juan exclama: “no solamente nos llamamos hijos de Dios, sino que los somos” (1 Jn 3,1). Vivir nuestra filiación para con Dios, eso es orar.
- c) Somos encuentro permanente y profundo con Cristo, pues formamos un solo Cuerpo con él (1 Cor 12,27). Él es la cabeza y el corazón que da vida a todos los miembros; él es la vida que impulsa la savia de vida hacia todas las ramas (Jn 14, 1-10). Quedarse gozosamente en la advertencia de este encuentro que somos y de esa savia que nos recorre y vivifica, eso es oración.
- d) La comunión con el Espíritu que está en nosotros y en nosotros actúa. La acogida de sus dones, que no son cualidades estáticas, sino impulsos vivos y actuales. El Espíritu Santo nos ayuda a romper la tela que oculta el dulce encuentro trinitario y a experimentar la dicha de ser hijos de Dios y a gritar con alegría y con ternura: “¡Abbá” (Rm 8,15). De ese modo oramos lo que somos: nuestra condición de hijos de Dios y nuestra comunión con el Espíritu y con el amor que ha sido derramado en nuestros corazones (Rm 5,5).

---

<sup>65</sup> A. Torres Queiruga, *Recuperar la creación*, p. 148

- e) Los dones de fe, amor y esperanza, que son lazos permanentes de alianza de Dios con nosotros, nos unen con El. Tomar conciencia de ello, es orar.
- f) Los sacramentos son encuentros con el Padre en la comunión con Cristo y con el Espíritu Santo. Y por eso son oración.
- g) Pero no se puede decir: “Padre nuestro”, sin pensar y decir: “hermano”. La oración, la advertencia, la conciencia y experiencia de Dios como Padre nos lleva a ser como él, a preocuparnos por los hermanos, por los otros hijos de Dios. Más aún, nos hace tomar conciencia de que, por ser hermanos, somos encuentro permanente con ellos y en ellos con Dios.
- h) Somos encuentro con Dios no sólo en la Trinidad y en los hermanos, sino también en la naturaleza y en el cosmos inmenso. Dios lo envuelve y penetra todo y continuamente lo está creando y conservando. Se trata de tomar conciencia y de romper también la tela de ese dulce encuentro.

Tomar conciencia de ello, dejarnos invadir por las consecuencias que tienen para nuestra vida. Eso es orar. La oración de atención, de escucha, es mucho más importante que la de hablar.

Desde esta perspectiva podemos decir que oramos lo que somos y orando crecemos en nuestro ser. Crecemos como hijos de Dios, crecemos en la unión con Cristo y en la comunión con el Espíritu Santo; crecemos en el amor, la fe y la esperanza; crecemos como imágenes de Dios; crecemos como seguidores de Jesús; crecemos, por tanto, como seres humanos, porque la oración es un encuentro de amigos. No se identifica ni se reduce a “las oraciones” o rezos en los que decimos o pedimos algo a Dios. La oración requiere una profunda autoconciencia de nuestro ser, nuestra vida y nuestra misión. Desde esta perspectiva, la oración es para nosotros un camino de crecimiento y maduración como personas y como creyentes.

#### **4. La oración es, por parte de Dios, gracia y, por parte nuestra, gratuidad.**

##### **4.1. La oración es gracia**

Algunos cristianos consideran la oración ante todo como una actividad humana; concretamente, como un esfuerzo del ser humano por alcanzar a Dios y sus favores. La oración más que una actividad y un esfuerzo humano, es un don y una acción de Dios en nosotros, de la que tenemos que tomar conciencia para responderle con un corazón agradecido.

Quiero reforzar la afirmación que acabo de hacer con unas palabras de un teólogo actual: “Como todo viene del Padre, la oración es fundamentalmente acogida, lugar de llegada del misterio de Dios en el corazón de la historia humana. Orar es dejarse amar por Dios, estar ante la gratuidad pura del Padre para que nos inunde el corazón y la vida con su generosidad desbordante. Orar es aceptar el don y estar esperándolo con paciencia y con silencio perseverante, colmado de la maravilla y del estupor del amor. Dios es quien actúa en la oración, mientras que el hombre está delante del misterio consciente de su pobreza para dejarse así amar por el Eterno. En este sentido, la oración es experiencia nocturna de Dios y silencio, en los que uno se deja colmar por el misterio de la presencia divina. Esto requiere saber “perder el tiempo” por Dios. Si Dios ha tenido tiempo para hombre, la respuesta del hombre es tener tiempo para Dios, dejarse amar con docilidad, con perseverancia, con fidelidad”<sup>66</sup>.

---

<sup>66</sup> B. Forte, oc. p.102-103.

La oración es, ante todo don, gracia, porque surge y se alimenta de una serie de dones sin los cuales no podríamos orar: el don de la unión con Cristo, el don de la filiación, el don del Espíritu Santo, el don del amor, de la fe y de la esperanza, porque, en efecto, la oración es amor, fe y esperanza en acción.

Si podemos tener un diálogo de amor con Dios es porque él nos amó primero (1Jn 4,19) y nos ha dado la posibilidad de amarle y de expresarle nuestro amor. Si en nuestro corazón surge el amor, el cariño, el deseo de orar y decir: “Abbá”, es porque el Espíritu Santo está ahí suscitando ese amor, ese cariño, ese deseo y porque él mismo está diciendo “Abbá” con nosotros. Si la oración es don de Dios que nos busca y que actúa en nosotros, la oración no se hace, sino que se recibe como gracia. Lo que nosotros podemos hacer y lo que Dios espera de nosotros es que nos dispongamos para orar, es decir, para acoger su gracia y responder a su donación.

La oración es, como dice Santa Teresa, “tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos que nos ama”, un diálogo de amor en el que ambas partes, para entenderse, han de tener los mismos sentimientos y hablar el mismo lenguaje, el lenguaje del amor, de la donación sin reservas.

#### **4.2. La oración es gratuidad**

La oración es pura gratuidad por parte de Dios y, lógicamente, tiene que ser también pura gratuidad por parte nuestra, donación de nosotros mismos a él. De lo contrario estaríamos hablando un lenguaje distinto y no habría reciprocidad ni diálogo. La gratuidad es una característica esencial de toda oración, también de la oración de petición. Cuando buscamos a Dios no por él, sino por nosotros, para solucionar nuestros problemas y necesidades, no oramos, más bien queremos manipularlo. No nos entregamos a él, sólo queremos que él nos entregue, nos dé lo que necesitamos.

Los evangelios sinópticos nos cuentan que Jesús en una ocasión, lleno de indignación profética, expulsó de los atrios del templo de Jerusalén a los que allí hacían negocios y proclamó, con palabras de Jeremías: “mi casa es casa de oración. Pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones” (Mt 21, 13). Nosotros, a veces, vamos más allá que los vendedores del templo: no montamos negocios, queremos que el templo sea casa de oración, pero hacemos de nuestra oración un mercadillo con Dios: le ofrecemos oraciones para que nos dé lo que nos interesa conseguir.

La oración verdadera no busca utilidades, sólo busca a Dios. Y en esto vamos totalmente contracorriente con respecto a la cultura moderna, que es pragmática y utilitaria, que busca la eficacia, el rendimiento. Para la cultura moderna el hecho de dedicar tiempo a una actividad de la que no podemos obtener ninguna utilidad, es un sinsentido. Como dice un conocido escritor brasileño, Frey Beto, dedicar una hora a la oración sin preocuparse de hacer, de hablar o de proyectar nada durante esa hora “es lo más antimoderno que se puede pensar, lo más contrario a la mentalidad en que somos formados hoy, pero es la única manera de descubrir la experiencia de Dios como experiencia de amor que nos hace amar más al prójimo”.

Ninguna oración, ni siquiera la de petición, ha de ser interesada, porque la oración es amor oblativo, donación de sí mismo. La verdadera oración de petición no pretende cambiar los planes de Dios, sino descubrirlos para ajustar nuestros planes a los suyos. Lo que le pedimos es que actúe en nosotros y nos lleve a aceptar gozosamente su voluntad. La eficacia de la oración no se mide por las

gracias o favores que consigamos de Dios, sino por la transformación que el encuentro con Dios realice en nosotros y por el compromiso cristiano al que nos lleve. Recordemos una vez más lo que dice el n° 39 del Ideario: “Movidos por el Espíritu, buscamos en la oración el encuentro con Dios en Cristo y pedimos al Padre que nos lleve a aceptar su voluntad y a ponernos sin reservas al servicio de su plan de salvación”.

La verdadera oración no pretende conseguir cosas de Dios, porque él sabe lo que necesitamos y nos lo da. Sólo tenemos que abrir el corazón y él nos da más de lo que le pedimos, porque “si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan” (Lc 11, 12-13). El Espíritu Santo es el don mayor y la fuente de todos los dones

## 5. Necesidad de la oración

A la luz de lo que acabamos de decir y en contra de una mentalidad utilitarista, podríamos afirmar que la oración no es necesaria. Pero, si nos referimos a lo más esencial de la oración que es el encuentro con Dios como amigo, la oración es mucho más necesaria que el trato con nuestros mejores amigos. Sí nos referimos a ciertas formas de oración, como la alabanza, la acción de gracias y la petición, podemos decir que son necesarias en lo que tienen de “trato de amistad con Quien sabemos que nos ama” (Santa Teresa). De todos modos hay que distinguir la necesidad de la oración por parte de Dios y por parte nuestra.

### 5.1. Por parte de Dios

La oración vista desde Dios, desde lo que él es y hace en el encuentro oracional, no es necesaria. En efecto, El no necesita nuestra acción de gracias ni nuestra alabanza ni nuestras informaciones y peticiones, porque lo sabe todo. Además, con respecto a nosotros, está cumpliendo permanentemente “su deber” de Padre Todocariñoso; ya nos está ayudando para lo que nos conviene. “Animador infatigable y amoroso, Dios no ahorra esfuerzos y no deja nada ni a nadie fuera de su acción: busca lo mejor para el mundo y para la humanidad, y todo acontece “gracias a Él”. Por su parte nada queda sin hacer”<sup>67</sup>.

Porque “recemos” no va a cambiar su voluntad porque siempre quiere y hace lo mejor para nosotros. La frase condicional “si Dios quiere”, que con tanta frecuencia decimos, equivale a: si es lo mejor para nosotros. Eso siempre lo quiere.

En la edad media un gran maestro de espiritualidad llamado Eckhart escribió: “Mucho más está dispuesto Dios a dar que el hombre a recibir. Ciertamente el precede nuestra oración y nos sale al encuentro y nos ruega que seamos sus amigos y está mil veces más dispuesto a dar que nosotros a recibir, y más presto a conceder que nosotros a rogar”<sup>68</sup>.

Un teólogo de nuestros días expresa la misma idea en otros términos: “Se olvida así que el seguidor de Jesús no tiene necesidad de ganarse a Dios, porque parte de la confianza de que Dios está ya ganado, dado de antemano. Dios no nos viene ni se nos va en la oración. Vino y se dio de una vez por todas. Lo que en la oración, por tanto, puede y debe venirnos es la toma de conciencia de lo que acontece cuando se tiene y cuando no se tiene conciencia de ello, cuando se ve y cuando no se ve ni se siente: la presencia amorosa y permanente de Dios en nuestras vidas”<sup>69</sup>.

---

<sup>67</sup> A. Torres Q. *Recuperar la creación*, p. 144

<sup>68</sup> Citado por C. Fabro, *La preghiera nel pensiero moderno*, 121.

<sup>69</sup> C. Domínguez Morano, *Orar después de Freud*, Santander, 1994, p. 38

Otro teólogo de nuestros días insiste con claridad en las mismas ideas. “Dios no necesita la oración de petición ni la de alabanza, ni la de acción de gracias ni la de intercesión por los demás. El Dios cristiano se nos da siempre, nos motiva y alienta desde lo hondo de la experiencia para que actuemos según su plan de salvación. Nos llama a su servicio, porque él se ha puesto antes al nuestro. No necesita ningún convencimiento, ruego, amonestación o intercesión para darse, ya que es el Dios de la gracia. Estar convencido de ello es, precisamente, lo que caracteriza la experiencia cristiana de Dios, superando el temor, el recelo o la creencia mágica. Si alguien pide, suplica o intercede desde esta comprensión de Dios, es que no ha entendido todavía lo que es el mensaje cristiano.

No hay que ocultar que mucha gente se relaciona con Dios desde una perspectiva interesada. Buscan “alcanzar mercedes” de un Dios influíble. No resulta fácil superar el estadio infantil del hombre que se reacciona con el Dios poderoso desde una postura utilitaria”<sup>70</sup>.

## 5.2. Por parte nuestra

La oración vista desde nosotros tiene sentido y es necesaria por muchas razones:

- a) Como búsqueda y toma de conciencia del encuentro con el Dios-amor, porque él siempre está con nosotros, pero nosotros no siempre estamos con él. En este sentido la oración no nos pone en contacto con Dios, sino que nos lleva a tomar conciencia y a experimentar que ya estamos en contacto permanente con él.
- b) Para tomar conciencia de nuestra condición de criaturas, de nuestra fragilidad e indigencia y confiar en él, ponernos en sus manos. No hay que buscar a Dios por lo que puede darnos, sino amarle por él mismo, porque es el punto de referencia que nos permite asumir la propia existencia como un don gratuito. Necesitamos pedir porque es una forma de reconocimiento de nuestro ser de criaturas limitadas y de los dones que Dios nos ha dado.
- c) Oramos para cambiar nuestra vida, para ser personas nuevas al estilo de Jesús, para cambiar nuestra voluntad y no la de Dios. Este “es el más genuino y definitivo programa de vida: abrirse a Dios, acoger su impulso, dejarse trabajar por la fuerza salvadora de su gracia. No conquistarlo, sino dejarnos conquistar por El; no convencerlo, sino dejarnos convencer...; no rogarle, sino dejarnos rogar”<sup>71</sup>. Las oraciones de petición que hacemos tienen que ir dirigidas más a nosotros mismos que a Dios, tienen que encaminarse más a abrir nuestro corazón que el de Dios, que ya está abierto. “La petición por excelencia es la que expresa la sed de Dios, ya que nuestras estructuras subjetivas están hechas para lo finito y contingente, pero tenemos ansia de lo divino y absoluto. Por eso, lo que pedimos es el mismo Dios.”<sup>72</sup>
- d) Para comprometernos en el cambio y en la transformación de la realidad y de las situaciones injustas. La oración aumenta nuestra amistad e impulsa nuestra colaboración con Dios en la transformación del mundo. Nos lleva a tomar conciencia de que Dios quiere ayudar a los demás a través de nosotros. “El samaritano es verdaderamente su mano: sin ella, Dios nada podría hacer. Pero, al mismo tiempo, esa acción humana nace de la solicitud divina, de la cual recibe su ser, su fuerza, su inspiración y su más radical iniciativa. Unión única y misteriosa: con la misma verdad, el herido, si es creyente, podrá dar gracias a Dios, que lo ha salvado a través del samaritano, y al samaritano, que,

---

<sup>70</sup> J.A. Estrada oc p. 21

<sup>71</sup> A. Torres Q. ib. 256

<sup>72</sup> J.A. Estrada oc p. 34

acogiendo la solicitud de Dios, lo ha curado y protegido... Vivirse en la gloria y en el esfuerzo de la libertad responsable, sabiendo que ello sólo es posible “gracias a Dios”, pero sabiendo que también sólo gracias a esa responsabilidad nuestra puede Dios actuar en el mundo”. “Grandeza exaltante y nunca soñada: co-creadores con Dios, mediadores indispensables de su eficacia en el mundo... Boca y mano, rostro y amor activo de Dios es toda persona que, acogiendo su gracia, se deja guiar y “ser” por él, convirtiéndose en encarnación concreta de su presencia salvadora”<sup>73</sup>.

Siempre queda pendiente una dificultad: ¿Cómo interpretar las repetidas invitaciones del Nuevo Testamento, no sólo a orar, sino a pedir insistentemente. Seguramente hay que tener también en cuenta que las primitivas comunidades cristianas, que elaboraron los evangelios, tenían todavía un concepto de Dios y de su providencia muy intervencionista e infantil y no tan respetuoso con la libertad humana como lo tenemos hoy. Lo mismo les ocurría en otros ámbitos de la vida, por ejemplo, cuando consideraban poseídos por el demonio a quienes sufrían enfermedades como la epilepsia.

“Cuando los discípulos le piden que les enseñe a orar, él les introduce en su misma actitud: “cuando oréis, decid: Abbá (Lc 11,2); es decir, les hace una llamada a la misma confianza total. Confianza que tiene toda la oración, le da el tono y le confiere su significado profundo. Nótese que la primera parte del Padre nuestro no es de petición, sino de deseo ardiente, de apertura y de acogida de la iniciativa divina. Y no estará de más señalar que la segunda parte, a pesar de su innegable forma de petición, está ya determinada por esta atmósfera de confianza total, de abandono absoluto en las manos de Dios”<sup>74</sup>.

Se da por supuesto que la parábola del amigo importuno (Mt 11, 5) y la del juez inicuo (18,1) constituyen una exhortación de Jesús a pedir con insistencia. Pues bien, hoy se admite, casi de modo unánime, que no es ésa la intención original, la cual apunta, una vez más, a la confianza. Según J. Jeremías, el sentido dado por Jesús mismo a estas parábolas no es el de exhortar a la petición perseverante (éste énfasis habría sido introducido por Lc). Se trata, en uno y otro caso, de parábolas de contraste; es decir, de parábolas en las que la lección decisiva está en la confianza cierta en que somos escuchados, basada justamente en el contraste entre nuestra mezquindad y el inaudito “mucho más” de la bondad y el amor de Dios, que supera todo lo pensable e imaginable: si resulta inconcebible que un amigo falte de ese modo a la hospitalidad, y si un juez inicuo acabe haciendo caso, ¡cuánto más Dios. Imposible que el nos falle: la seguridad es absoluta!”<sup>75</sup>.

Resultan clarificadoras las siguientes observaciones que hizo Santo Tomás de Aquino, que vivió en el siglo XIII: “Debemos rezar, no para informar a Dios de nuestras necesidades o deseos, sino para que nosotros mismos nos demos cuenta de que en estas cosas necesitamos recurrir a la asistencia divina”. “Además, sigue S. Tomás, parece inútil pretender captar la benevolencia de quien ya se nos ha anticipado en ese sentido: Dios se nos ha anticipado con su benevolencia, puesto que “Él nos amó primero”, como se dice en 1Jn 4,10).

## **6. El carácter secular de la oración**

El carácter secular de la oración se manifiesta en que oramos en medio de las tareas temporales y oramos nuestro empeño por realizarlas según los planes de Dios y como colaboradores suyos, trabajamos por él, por su Reino, unidos y en permanente encuentro con él. El Ideario dice:

---

<sup>73</sup> A. Torres Q. oc. p. 133-134

<sup>74</sup> A. Torres Q. oc p. 279

<sup>75</sup> A. Torres Q. oc. p. 281

“Para orar no salimos del mundo, no nos olvidamos de él, sino que oramos nuestra misa situación en el mundo y nuestro esfuerzo por animar y ordenar todas las cosas según el plan de Dios. Compartimos en el diálogo con el Señor los problemas y las necesidades de nuestros hermanos y nuestra entrega a su servicio” (Ideario 39 b). Hacemos de nuestra propia vida y de nuestra lucha por el Reino de Dios materia de oración. Escuchamos a Dios en los acontecimientos y tratamos de darle respuesta, no sólo en el diálogo de la oración, sino en la vida de servicio a los demás. En ese sentido, el servicio es oración.

La oración ha de ser “ una expresión integral de la persona y tiene que repercutir en los diversos comportamientos de la vida cotidiana. El cristianismo subraya con gran énfasis la interrelación entre vida y oración, a partir de un culto que brota de la vida: “ofreced vuestras personas como hostia viva, santa, agradable a Dios: éste es el culto espiritual que tenéis que ofrecer” (Rom 12, 1-2). Es todo el hombre el que tiene que relacionarse con Dios”<sup>76</sup>

“No basta dirigirse a un Dios cualquiera, quizá a un ídolo, ni a un Dios-en-sí que nos aísla de la realidad y nos enemista con el mundo. No es cristiana una oración que no ensambla lo horizontal con lo vertical en una armoniosa cruz de encarnación”<sup>77</sup>, que no une las dos dimensiones de la espiritualidad y de todas sus fuentes y manifestaciones. Nuestra oración ha de ser como la que nos enseñó Jesús, cuya petición central es, precisamente “venga a nosotros tu Reino”, es decir, que todos seamos y vivamos como hijos de Dios y como hermanos.

“En la oración nos hacemos solidarios de todas las situaciones conflictivas de la tierra. Dejamos que penetren en nosotros los gemidos y gritos de sufrimiento de la humanidad y de la naturaleza, para que se conviertan en plegaria, en intercesión. Sólo se ora en el Espíritu, como Jesús, cuando los gritos del pueblo, que suben al trono de Dios, se confunden con nuestra voz suplicante. La oración se hace solidaridad, comunión espiritual con todos.”<sup>78</sup>

## **7. Oración y misión**

Nuestra oración es apostólica porque nos lleva también a un creciente compromiso de evangelización por medio de la palabra, del testimonio y de la acción transformadora de la sociedad. La oración y la praxis misionera son inseparables, cómo lo fueron en Jesús.

- a) Al entrar en contacto con Dios en la oración, lo experimentamos como Padre, pero no sólo como Padre de cada uno de nosotros, sino como Padre de otros muchos hijos suyos menos afortunados que nosotros. El entrar en comunión con El, nos comunica su amor y sus preocupaciones por esos hijos suyos y nos envía a ellos para ser testigos, mediante nuestra entrega, del amor que Dios les tiene. Una oración que nos deje como en gozosa vía muerta, extasiados ante el Padre y olvidados de sus hijos, no es oración ni encuentro con el Padre que envió al mundo a su propio Hijo (Jn 3,16).
- b) En la oración nos unimos al enviado del Padre, Cristo Misionero, para proseguir hoy su obra y para entregarnos sin reservas, como El, a desarrollar el plan de salvación de Dios: el Reino.
- c) La oración es comunión con el don más grande que Dios nos ha hecho, el Espíritu Santo, quien está presente en nosotros, en nosotros aviva el amor al Padre y la pasión por abrir

---

<sup>76</sup> J.A. Estrada oc p. 14

<sup>77</sup> P. Casaldáliga y J.M. Vigil, *Espiritualidad de la Liberación*, p 181

<sup>78</sup> Misioneros Claretianos, *Nuestra espiritualidad...* p.50

caminos a su Reino y nos sostiene en el empeño por seguir a Jesús, el evangelizador del Reino. El Espíritu Santo es el primer evangelizador, el alma de todos los evangelizadores (EN 75) y quien hace misionera nuestra oración.

La oración y el compromiso misionero no son separables. No podemos llamar a Dios "Padre" sin estar dando la mano a los hermanos. Siempre que nos solidarizamos con los hermanos estamos proclamando, con la elocuencia de los hechos, que Dios es nuestro "Padre". La autenticidad de la oración se verifica en el compromiso cristiano y la autenticidad cristiana de este compromiso se verifica en la oración. Cada una es instancia crítica para la otra.

## **8. La oración litúrgica**

Entre las distintas formas de oración, el Ideario menciona sólo "la alabanza litúrgica" (39 a). Pero, la oración litúrgica no es sólo de alabanza, sino que es también encuentro gozoso con el Señor resucitado. Como indica un documento conciliar, la vida de unión con Cristo se alimenta "muy especialmente con la participación activa en la sagrada liturgia" (AA 4) La oración litúrgica es también de acción de gracias y de petición. Aunque esta última forma de oración se suele utilizar mucho más fuera de la liturgia, especialmente en la religiosidad popular. La oración de alabanza y de acción de gracias suelen estar más purificadas de egoísmo.

El año litúrgico es un camino de espiritualidad, de invitación permanente al seguimiento de Jesús en los distintos pasos de su vida y en los diferentes momentos de su misterio, y es también una invitación a imitar a los más destacados seguidores de Jesús recordamos uno tras otro a lo largo del año.

Como la oración es encuentro con Dios en Cristo, los sacramentos son el corazón de la oración litúrgica. La eucaristía es el encuentro supremo y la plegaria por excelencia de la comunidad reunida en el nombre de la Trinidad. "La celebración de los sacramentos, en cuanto punto de encuentro con Cristo, debe vivirse con profundo espíritu de fe y oración. Debemos invocar y aceptar el don de Dios con sentimientos de agradecimiento y con una actitud sincera del corazón para dar una respuesta comprometida y adoradora"<sup>79</sup>.

En la liturgia celebramos la vida y las luchas por abrir caminos al Reino de Dios. Por desgracia, nuestras celebraciones litúrgicas son, con demasiada frecuencia, ajenas a la realidad, ritualistas y funcionales. En ellas no compartimos nuestra fe, nuestra vida y nuestro compromiso cristiano, por eso no salimos de ellas fortalecidos y enviados a extender con más valentía el Reino de Dios. Ese modo ritualista de vivir la liturgia no se compagina con el sacerdocio cristiano, que es, ante todo, existencial.

## **9. El padrenuestro como modelo de toda oración.**

El padrenuestro no es sólo una oración, es la oración sin más, el modelo perfecto de toda oración, la pauta por que tiene que discurrir cualquier oración que quiera considerarse cristiana. Su estructura misma es toda una lección. Tiene dos partes: en la primera pedimos para Dios, en la segunda reconocemos nuestras necesidades y compromisos; en la primera le expresamos nuestro amor, nuestra pasión por su gloria, por su Reino y nuestro deseo de hacer su voluntad. Con ello confesamos que lo primero para nosotros es él y su reinado, como le dijo Jesús a sus discípulos

---

<sup>79</sup> B. Forte, oc p.100

después de enseñarles el padrenuestro: “buscad primero el Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura” (Mt 6, 33)

Nuestras necesidades, las “añadidas”, han de quedar siempre en segundo lugar y se nos darán sin necesidad de preocuparnos por ellas. Tenemos Quien se preocupe. Además todo lo que pidamos a Dios ha de estar enmarcado en las peticiones de la primera parte: que se haga su voluntad y que de ese modo su Reino esté más presente en nuestra vida. Así evitamos cualquier pretensión egoísta de utilizar a Dios en beneficio propio.

## **10. Hacer más cristiana nuestra oración**

En orden a hacer más cristiana nuestra oración presento las siguientes sugerencias:

- a) Tomar el padrenuestro como modelo de toda oración: primero Dios y su reinado. Muchos cristianos en las motivaciones que impulsan a orar invierten el orden, comienzan por el pan, por los bienes a conseguir de Dios. Esa no es la oración del “Padre nuestro”, sino del “pan nuestro” o, peor aún, del “pan mío”.
- b) Respetar a Dios y dejarle ser Dios. No pretender hacerlo a medida de los propios intereses y necesidades. No intentar manipularlo ni convertirlo en el Ser todopoderoso que “nos saca las castañas del fuego”. Nuestro Dios no es intervencionista, sino que respeta el protagonismo del ser humano. Dios inspira y motiva nuestro comportamiento, pero no suplanta nuestra responsabilidad. “Se quiere un Dios vivo, pero no intervencionista, un Dios que vivifique la vida y esté íntimamente presente en el mundo, pero que no interfiera con la libertad ni rompa el normal funcionamiento de las leyes naturales”<sup>80</sup>.
- c) Cuidar que nuestra oración esté movida por el sentido de la gratuidad. El Dios de Jesús nos ama y se nos da gratuitamente y espera de nosotros una entrega y una oración gratuitas, que broten del amor y no de nuestros intereses egoístas.
- d) Procurar que nos lleve a la solidaridad y a comprometernos en realizar lo que le pedimos a Dios que El haga por los demás. Si pedimos por los niños abandonados, ante todo nos lo pedimos a nosotros; la petición nos compromete a hacer algo por ellos, porque sabemos que Dios actúa a través de los seres humanos.

## **11. Los tiempos de oración son imprescindibles**

Toda nuestra existencia está envuelta en Dios y hemos de mantener nuestra unión con él incluso en el tráfago agobiante de la vida, pero es necesario detenerse de vez en cuando para tomar conciencia explícita de ello. Como dice un documento claretiano varias veces citado, “no sabemos poner resistencia al ritmo frenético que llevamos y no mostramos voluntad de encontrar regularmente el sosiego necesario y el tiempo apropiado para orar. Si el deseo es fuerte, encontrará sin duda el modo de hacerse realidad. La oración personal tiene que llegar a ser un compromiso diario en nuestra vida. Es la mejor forma de celebrar nuestra alianza con el Señor, Esposo de la Iglesia, para que nuestra misión sea fructífera. Este encuentro personal con el Señor da sentido a todo lo que acontece y a todo lo que hacemos”<sup>81</sup>.

---

<sup>80</sup> A. Torres Q. oc. p.95

<sup>81</sup> Misioneros Claretianos, *Nuestra espiritualidad...* p.61

Para que la oración sea fuente que alimenta nuestra vida espiritual, es necesario reservar tiempo y tiempos en nuestra vida cotidiana. El problema de encontrar tiempo para la oración depende en gran medida de nuestra fe y de nuestro amor. Para lo que valoramos y amamos siempre hay tiempo. Con esto no quiero decir que el espíritu y la práctica de la oración se agoten en los tiempos dedicados expresamente a la misma, porque "el verdadero amante en toda parte ama y siempre se acuerda del amado; recia cosa sería que sólo en los rincones se pudiese encontrar oración"<sup>82</sup>.

"Salvo en raras ocasiones, la oración no es fácil ni espontánea; requiere una opción renovada cada día. Muchos cristianos oran cuando sienten necesidad. Pero hay mucha gente que no siente necesidad nunca. Esperar a orar sólo cuando la necesidad sentida nos lo pide, significa, en la práctica, posponer la oración indefinidamente. Oramos, no por sentir necesidad, sino por una convicción de fe y para revestirnos de Cristo por amor"<sup>83</sup>.

Algunos creen que no es necesario reservarse tiempos especiales para la oración, argumentando que hay que orar en medio de las actividades. "Rezar en el contacto con los demás, ser contemplativo en la acción, es una realidad profundamente cristiana, pero es preciso que digamos que esta actitud es una pura ilusión si no le añadimos algunos momentos en los que estamos sencillamente con Dios, sin hacer nada"<sup>84</sup>.

Muy lúcidamente nuestro hermano Pedro Casaldáliga ha señalado la necesidad de los tiempos de oración para impulsar el proceso de crecimiento en nuestra actitud contemplativa y para llevar a cabo una evangelización nueva y fecunda.

"Hemos llegado a decir: todo es oración, la lucha también es oración. Pues, no. La lucha no es oración. Ni siquiera la lucha por la liberación. La lucha es la lucha y la oración es la oración. Para mí esto está claro. En este punto debemos ser muy sinceros y hasta taxativos. Es evidente que muchos hermanos, en la lucha, en la acción, en el compromiso con los hermanos, también están orando. Abiertos explícitamente a Dios, a veces formulando incluso una oración explícita, y todo eso es oración.

Lo que quiero decir es que no caigamos en el simplismo cómodo de decir que todo es oración, para justificar el hecho de que no hacemos oración explícitamente. La oración exige también su hora, su tiempo, su lugar. Pero es evidente que a medida que nos comprometemos con Dios, a medida que nuestra amistad con El crezca, y a medida que más y mejor "tratemos de amistad con El", más normalmente nuestra vida y nuestra lucha serán oración. Iremos llegando a un punto de confluencia en el que será muy difícil distinguir las aguas. Estaremos viviendo entonces lo que los antiguos llamaban "estado de oración"<sup>85</sup>.

***Para el diálogo:***

- a) *¿Porqué decimos que la oración forma parte del seguimiento de Jesús?*
- b) *¿Qué elementos cristianos y no cristianos descubrimos en nuestra oración?*
- c) *¿Cómo concienciamos y vivimos los encuentros con Dios que ya somos por gracia?*
- d) *¿Qué tipo de oración predomina en nuestra relación con Dios?*

<sup>82</sup> Teresa de Jesús, *Fundaciones*, 5,16

<sup>83</sup> S. Galilea, *El camino de la espiritualidad*, p. 145

<sup>84</sup> E. Schilleebeckx, *Dios y el hombre*, p. 327

<sup>85</sup> P. Casaldáliga, *El vuelo del quetzal*, p. 53-54

- e) *¿Qué correctivos tendríamos que aplicar a nuestro modo de orar para que sea más cristiano?*
- f) *¿Tenemos fijados algunos tiempos de oración? ¿Conseguimos tenerlos?*